

noblemente alcanzado cuando es el premio de la confianza del Parlamento?... Dicen que es un gobierno importado del extranjero, una imitación de Inglaterra... ¿Y qué? Este sistema, de origen inglés, es hoy practicado en los países más ilustrados de Europa.»

Thiers llegó finalmente á la última objeción, á la de que el gobierno imperial sacaba de la existencia de los antiguos partidos. En el momento de abordar el orador esta materia llena de peligros, redobló la curiosidad del auditorio. Merecen citarse las explicaciones con que terminó el discurso:

«En interés de nuestra patria, permitidme que rasgue todos los velos.

»He observado nuestro país y creo conocerlo bien. ¿Qué misión ha dado á estos representantes de los antiguos partidos? Les ha dado la misión de estudiar los asuntos del país mismo, discutirlos con sinceridad, con imparcialidad, y profundizarlos también. Les ha dado la misión de velar por la fortuna pública, de velar por el desarrollo progresivo y continuo de nuestras instituciones, pues la buena gestión de los negocios públicos se halla enteramente en las buenas instituciones. Esta es la misión que ha dado á los representantes de los antiguos partidos, y no hablo sino por mí. Pero si los representantes de los antiguos partidos, en vez de consagrarse á esta tarea, dejaban ver la intención de substituir una forma de gobierno por otra ó una dinastía por otra dinastía, en seguida perderían su fuerza porque se habrían salido de su mandato. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

»Creo que lo que voy á decir está en el ánimo de muchos de ellos, y quizá de todos: hay tal deseo de sana libertad, de verdadera libertad, que el gobierno que nos la dé será franca y sinceramente aceptado por todos. (*Rumores.*)

»En cuanto á mí (permitidme que rasgue el último velo), he servido á una augusta familia, hoy en desgracia; le debo el respeto que no puede negarse á grandes infortunios noblemente soportados; le debo el afecto que no se puede menos de sentir por aquellos con quienes se ha pasado la mejor parte de la vida. Algo hay que no le debo y que ella no me pide, pero que la altivez de mi alma le da gustosa, y es el vivir retirado y no mostrarle á sus antiguos servidores en busca del esplendor del poder cuando ella vive en las tristezas del destierro. Pero sabe el cielo que hay algo que ella no me pide ni me pedirá jamás, y que yo no le daré, es decir, que yo le sacrifique los intereses de mi país. Lo declaro, pues, aquí como hombre honrado: si se nos da esta libertad necesaria, yo la aceptaré, y se me podrá contar en el número de los ciudadanos sumisos y agradecidos al imperio.» (*Voces de ¡Muy bien!*)

El Sr. *Glais-Bizoin*: ¡Pues que la den! (*Exclamaciones.*)

«Pero si nuestro deber está en aceptar, prosiguió el orador, permitidme que os diga que el deber del gobierno está en dar esta libertad. Y no se crea que yo quiera emplear aquí el lenguaje de una exigencia arrogante, no; sé que para obtener hay que pedir con respeto. Es con respeto como pido. No pediré nunca nada para mí; mas para mi país no vacilaré nunca en pedir, y en pedir con la debida deferencia. Pero ¡cuidado!, este país, hoy apenas salido de su letargo; este país tan bullicioso, en quien la exageración de los deseos sigue

tan de cerca á su despertar; este país que hoy permite que pidan para él en el tono más deferente, algún día tal vez exigirá.»

El *Monitor* publicó al día siguiente este discurso, que era un verdadero *manifesto*. El efecto que produjo en París fué grande. La burguesía parisiense, partidaria de Thiers, comentó la arenga, admiró aquel programa hecho á su medida, claro, sensato, elocuente, bastante provisto de lugares comunes, ligeramente matizado de fórmulas revolucionarias, aunque, en el fondo, muy conservador y hasta un poco rutinario. No se cansó de disertar sobre las *libertades necesarias*, y la frase pareció tan ingeniosa y oportuna, que se la introdujo en el vocabulario político. En el Palacio Borbón las apreciaciones fueron más reservadas. Cuando los diputados, sacudido el encanto de la palabra, pudieron formar juicio reposadamente, les quedó la doble impresión de una elocuencia de que se enorgullecían y de una política de que persistían en recelar. Tres días antes, cuando Berryer invocaba su desinterés, nadie imaginó que pudiese ser otra cosa que un imponente testigo del pasado: Thiers no parecía desligado á tal extremo de las pasiones contemporáneas, y á pesar de su afectación en invocar su edad, no se hallaba tan al borde de la tumba que no pudiese hacer alguna ruidosa incursión en la tierra de los vivos. Berryer, al predicar la economía, la prudencia, la moderación en los proyectos, había traducido con elocuente claridad las ideas comunes, y muchos de los que no se hubiesen atrevido á aplaudirlo eran en el fondo sus cómplices: al trazar en 11 de febrero el programa del gobierno parlamentario, Thiers había parecido un abogado defendiendo su propia causa, y, por añadidura, una causa sospechosa. Eso de gobierno parlamentario sonaba mal en los oídos de la mayoría. Para los autoritarios, representaba la causa de todas las desdichas pasadas, y muchos de los liberales que habían de formar más tarde el tercer partido ó el centro izquierdo, abrigaban algunos prejuicios contra ese sistema, pues pretendían realizar algo que fuese la libertad sin ser enteramente la vuelta á los antiguos extravíos. Estas ideas se revelaron bien cuando, al final de la sesión del 12 de enero, Rouher, contestando á Thiers, defendió las doctrinas del imperio: «¿Queréis el gobierno parlamentario?» dijo á los diputados. «No, no,» exclamaron doscientas voces. Y el ministro de Estado, que continuó con gran éxito su discurso, hubiera podido cortarlo allí.

A pesar de tales disentiimientos, Thiers acababa de reaparecer en la escena política con un brillo singular. La adhesión que no encontrara en la discusión de los asuntos interiores, había de encontrarla pronto, cuando, en los grandes debates sobre Italia, sobre Dinamarca, sobre Alemania, personificaría las inquietudes de su país y, á fuerza de elocuente razón, dominaría en ciertos momentos á la misma mayoría. Estas serán las grandes jornadas de su vida, quizá las únicas que la posteridad recordará.

XI

En medio del ruido de aquellos debates empezó el año 1864. Estando cada vez más en boga la palabra, las discusiones del Palacio Borbón no eran ya suficien-

tes: la costumbre de las conferencias ó lecturas políticas empezaba á implantarse; la autoridad, ora negaba las instancias, ora concedía el permiso, y durante los meses siguientes reuniéronse con frecuencia en diversos puntos de la ciudad numerosos auditorios, menos ávidos de instruirse que de saborear pícaras alusiones. La corte había regresado en otoño de Compiègne, y el mundo oficial había inaugurado con mucha animación las diversiones del invierno. Al malestar económico de los años anteriores había sucedido un feliz bienestar. La última cosecha, por su extraordinaria abundancia, había determinado una baja considerable en los cereales, de modo que así en el campo como en las ciudades, la subsistencia del pobre parecía asegurada. Las dificultades industriales, que habían seguido á la aplicación del tratado de comercio, tendían á atenuarse. La crisis algodonera, aunque muy grave todavía, era algo remediada por abundantes auxilios particulares y por la intervención de los poderes públicos, no estando lejos el día en que su intensidad había de disminuir. Por tranquilizadora que fuese esta situación, la antigua confianza no volvía del todo, y hasta los gobernantes dejaban traslucir de vez en cuando sus preocupaciones. El 14 de enero, en el acto de entregar el birrete cardinalicio á monseñor de Bonnechose, el emperador contestó á la expresión de gracias del nuevo príncipe de la Iglesia con palabras de un cansancio lleno de desaliento: «Los honores de este mundo son pesadas cargas que la Providencia nos impone. En su justicia, quiso aumentar los deberes proporcionalmente á las dignidades. Así es que me pregunto si la suerte no tiene tantas tribulaciones como la desgracia.» Este lenguaje místico, esta nota inquieta lanzada en medio de las fiestas, produjo una sorpresa llena de turbación, y como el aspecto de las cosas interiores era muy pacífico, sospechóse que la semiconfidencia imperial preparase la confesión de alguna complicación exterior. El temor desvaneciése pronto, pero la impresión general subsistió, dejando una duda, duda muy ligera todavía sobre la estabilidad de un régimen que inspiraba á su propio fundador tan melancólicos pensamientos.

Desde el atentado de Orsini no se había señalado ningún complot contra la vida del emperador. Por aquel entonces se supo que la policía seguía la pista á una nueva maquinación. También esta vez los conspiradores eran italianos. Su tentativa fué terrible por los aparatos que habían reunido y miserable por la manera de fracasar. En número de cuatro habían partido de Lugano y entraban en Francia por la frontera suiza cuando el comisario de vigilancia creyó reconocer á uno de ellos y avisó por telégrafo al servicio de seguridad. Así es que desde su llegada á París, la policía les siguió los pasos. Su aspecto misterioso, sus cambios de hotel, su temor continuo de que les abriesen los baúles ó los muebles, su tardanza en presentar su documentación, todo confirmó los indicios. Notóse que de pronto se habían instalado separadamente en diferentes hoteles y no se comunicaban entre sí sino á escondidas, á fin de burlar la vigilancia. Se les vió explorar varias veces las inmediaciones de las Tullerías y de los Campos Elíseos. Un día en que el soberano tenía que ir á la Opera, se les observó en las proximidades del teatro, pasando, volviendo á pasar, estudiando el terreno. Habiéndose tro-

cado las sospechas en una especie de certeza, se practicó un registro en sus cuartos de hotel, donde se descubrieron ocho bombas con los instrumentos destinados á montar ó atornillar las chimeneas, un fusil-bastón, dos revólvers, cuatro puñales y varios paquetes de balas y pólvora. Inmediatamente se procedió á la detención de los que ya podían ser calificados de asesinos. Los cuatro extranjeros se llamaban Pascual Greco, Imperatori, Scaglioni y Trabucco. Todos pertenecían al partido revolucionario más exaltado y, á excepción de Trabucco, habían formado parte de los *Mil* de Garibaldi. Greco, que parecía el principal instrumento del crimen, era una especie de semiartista, calabrés de nacimiento é hijo de un patrón de barca. ¡Coincidencia singular! Su padre había ayudado á Murat en su bajada á Pizzo: merced á este recuerdo, él había logrado presentarse la primera vez que estuvo en París, en mayo de 1863, al hijo del antiguo rey de Nápoles; y esta circunstancia había desconcertado á la policía que, desde aquel momento, seguía sus huellas. Vuelto á Lugano, reclutó allí á sus cómplices: Scaglioni, joven estudiante de Pavía que, para mejor disimular, tomó el nombre de Maspoli; Imperatori, oriundo de la Suiza italiana y librero de profesión, y Trabucco, verdadero tipo de bohémio, que había recorrido todos los países, ejercido todos los oficios, sucesivamente empleado subalterno á bordo de una fragata francesa, soldado en Italia, músico ambulante en Londres, en Constantinopla, en Atenas, en Esmirna, en París, condenado dos veces por estafa y por robo, impulsado poco á poco al crimen por la lectura de periódicos que habían exaltado su pobre cerebro, extraviado además por la extrema miseria y sin más medio de subsistencia que un cornetín del que no se separaba jamás. El resultado de las visitas domiciliarias hacía toda defensa muy difícil. Los conjurados declararon que los aparatos explosivos eran de fabricación inglesa y que los habían introducido en Francia ocultándolos bajo sus ropas. No disimularon su propósito, que era atentar contra la vida del soberano; se proponían arrojar las bombas debajo del carruaje del emperador y servirse luego de los puñales y de las pistolas, ya para defenderse, ya para terminar su obra.

El 25 de febrero se vió la causa ante la Audiencia de lo criminal, pero en medio de una mediocre afluencia, pues el complot que había abortado parecía ya antiguo y como olvidado. Sin embargo, el armero Devismes produjo un estremecimiento de horror cuando describió las bombas, demostró su fuerza explosiva y evocó el recuerdo del atentado de Orsini. Greco y Trabucco fueron condenados á la deportación. Scaglioni é Imperatori, digno el uno de alguna indulgencia á causa de sus pocos años y menos comprometido el otro en la empresa, fueron condenados á veinte años de prisión (1).

A los ojos de los magistrados, de los jurados y del público, los más culpables no eran los cuatro infelices comparsas, sino otro personaje tan prudente como fanático que, de lejos, había armado su brazo. Durante la instrucción, Greco había afirmado que sus compañeros y él no eran más que agentes de Mazzini, con quien había celebrado varias entrevistas en Lugano; según él,

(1) Véase *Gazette des Tribunaux* de 26 de febrero de 1864 y siguientes.

Mazzini había organizado el complot, facilitado el dinero y las armas, precisado los términos convencionales que permitirían estar en correspondencia con toda seguridad, y ratificado, en fin, la elección de los cómplices. El principal esfuerzo del ministerio público consistió en establecer á los ojos de Francia y de Europa esta alta responsabilidad. Greco representó en la Audiencia un doble y singular papel: pareció casi tanto un denunciador como un acusado. Por sospechosas que sean de ordinario esas afirmaciones, inspiradas por el miedo, el despecho ó el rencor, la declaración tenía tales visos de verdad que causó viva impresión. Mazzini había estado efectivamente en Lugano, en 1863, al mismo tiempo que Greco, á quien el famoso agitador conocía de muy antiguo y á quien consideraba como un compatriota entusiasta: los conjurados, pobres y oscuros, difícilmente hubieran preparado el complot si un jefe oculto no hubiese trazado el programa y el itinerario, asegurado el gasto y proporcionado las armas. En poder de Greco se había encontrado una nota que había de servir de clave para la correspondencia, y un perito afirmó que dicha nota era de puño y letra de Mazzini. Tres días después de la detención del mismo Greco habían llegado fondos á su consignación y le eran remitidos por conducto de una casa de banca estrechamente asociada á todos los manejos del partido mazziniano. El conjunto de todos estos cargos determinó la convicción del tribunal que, proclamando á Mazzini verdadero jefe de la empresa, lo condenó en rebeldía á la deportación (1).

De antemano el gran revolucionario había protestado por conducto del *Times* contra la acusación, pero en una defensa que pareció débil y lo dejó como abrumado bajo el peso de las pruebas. En Francia se recordó que ese hombre, tan pródigo de la vida ajena, había estado metido en el complot de Tibaldi, y no se supo de qué indignarse más, si de la perversidad que urdía el crimen, ó de la cobardía que se substraía al castigo. La misma Inglaterra depuso su habitual indulgencia, y sin atreverse á negar su asilo al criminal, condenó al menos el crimen con notable energía. En ninguna parte las protestas fueron tan vivas como en Italia. Desde la primer noticia del complot, el presidente del consejo, Sr. Minghetti, denunció con vehemencia á «aquellos hijos perdidos que la patria arrojaba de su seno.» Cuando se supieron los cargos que pesaban contra Mazzini, hasta sus amigos más acérrimos se vieron embarazados para disculparlo. La política, como la moral y el derecho de gentes, inspiraba esta reprobación. Allende los Alpes aún tenían necesidad de Francia, y temían mucho que el emperador se cansase al fin de aquella tierra ingrata, tan infatigable en producir asesinatos como él en colmarla de beneficios.

Aquella época fué fecunda en incidentes de toda clase, y el mundo de la idea tuvo, como el mundo material, sus agitaciones. Durante el invierno de 1863 á 1864 apoderóse de las almas piadosas un gran pavor no exento de cólera. No se trataba ya, como antes, de las prerrogativas del pontífice romano, sino de la esencia misma del cristianismo. Un libro, un simple libro,

(1) Sentencia de 30 de marzo de 1864. (Véase *Gazette des Tribunaux*, 31 de marzo de 1864).

publicado meses antes, había causado toda aquella emoción que se prolongaba sin apaciguarse. Desde hacía unos diez años, los lectores del *Journal des Débats* y de la *Revue des Deux Mondes* podían seguir en sus evoluciones á un escritor joven todavía, pero de talento muy firme, á quien no asustaba ningún problema de la filosofía ó de la exégesis y que se complacía sobre todo en las cuestiones religiosas. Llamábase Renán. Cualquiera que fuese el juicio que sobre él se formase, no era posible leerlo sin una viva impresión de sus dotes y también de sus deficiencias. Nada había en él del sabio



El cardenal Bonnechose

que fatiga con su aridez, sino, por el contrario, un gran sentido de las cosas artísticas, una erudición ingeniosa que se matizaba de mil encantadoras fantasías, una preocupación de la forma que había de caer más tarde en el amaneramiento. Si se rompía esa brillante envoltura para penetrar hasta las teorías, el espíritu se sentía desconcertado por toda clase de contradicciones. En los escritos de este hombre, todo lo que el método histórico tiene de más riguroso se unía á todo lo que la imaginación tiene de más trascendental. Se inclinaba al escepticismo, pero con frecuentes vuelos místicos, y su ideal escapaba al análisis aún más que lo sobrenatural que él aspiraba á destruir. Su pensamiento, que se desarrollaba desde luego con una precisión severa, se volvía á veces vago é incomprensible en el momento de llegar á la conclusión, como un río que, al alejarse de sus fuentes, hubiese dejado evaporar sus aguas. Empezaba como los sabios que buscan la luz, y perdiendo luego la esperanza de encontrarla, permanecía en esa penumbra que tanto gusta á los poetas y derramaba tantas exquisiteces que se olvidaban las pruebas apenas esbozadas. Aunque no lograba llevar á cabo sus tesis, conservaba incólume su fe en la soberanía de la crítica, y, sin reconstituir gran cosa, triunfaba al menos de lo que había hecho vacilar. En su juventud conoció los